

no les permiten salir ni aun hablar sin testigos á sus parientes mas cercanos, hasta que hayan profesado. Con este motivo dejan los padres de enviar á sus hijos al estudio, quedan desiertas las escuelas, y reciben las ciencias un daño incalculable. Cuando yo era mozo, aun habia en Oxford treinta mil estudiantes; pero ahora ya no llegan á seis mil.

Mas en medio de que el arzobispo de Armagh se mostraba tan terrible enemigo de los religiosos mendicantes, como era sólidamente piadoso y profesaba la doctrina católica, declaró que no pedía la supresion de estas órdenes, sino solo que se las redujese á la pureza de su instituto; y aun se empeñó en demostrar que en todo lo que habia dicho no se hallaria cosa alguna contraria á las bulas publicadas por los Papas en favor de estas órdenes.

Despues de haber durado un año esta gran causa en la córte de Roma, no se sentenció todavia definitivamente. El Papa Inocencio creyó que no debía espedir mas que una bula provisional, dirigida al cuerpo episcopal de la Gran Bretaña, en la que prohibia que durante el curso de esta instancia se inquietase á los frailes mendicantes en la posesion en que estaban de confesar, predicar, enterrar y recibir limosnas. Difiriéndose asi el asunto y habiendo dejado de recibir el diputado de los obispos de Inglaterra los socorros que le habian prometido, Ricardo se vió obligado á abandonar su continuacion. Se retiró á los Países Bajos, verosimilmente para restituirse á su patria, y murió en Mons en el Hainaut. Entretanto obtuvieron los frailes mendicantes la confirmacion de sus privilegios. Tomás Valsingan, autor inglés y contemporáneo, pero religioso benedictino, poco favorable á los mendicantes, y por otra parte muy inclinado á la sátira, añade que esta confirmacion la obtuvieron á fuerza del di-

nero que repartieron en la córte pontificia.

A pesar de estas imputaciones y controversias, entraron entonces en las órdenes mendicantes dos príncipes Reales (1). Pedro, infante de Aragon, hijo del rey Jaime II y de Blanca de Sicilia, conde de Ribagorza, casado por espacio de muchos años con Juana de Foix, de la cual tuvo cuatro hijos, habia dado ya pruebas de su piedad fundando cerca de Tarragona un hospital famoso, que se llamó el hospital del Príncipe. Habiendo muerto su muger, rehunió Pedro las grandezas del mundo, dividió sus bienes entre sus tres hijos y tomó el hábito en el convento de los frailes menores de Valencia. Obtuvo dispensa del Papa para profesar antes que se cumpliese el año del noviciado, y se hizo la ceremonia con tanta edificacion como solemnidad en presencia de un numeroso concurso de personas distinguidas. En este estado vivió el príncipe veinte años por lo menos, con una perseverancia y una regularidad que no se desmintieron jamás.

Cárlos, conde de Alenzon, hijo de un hermano de Felipe de Valois, y primo hermano del rey Juan, abrazó en su edad juvenil el instituto de los dominicos ó predicadores. Habiendo muerto su padre, llamado tambien Cárlos, en la desgraciada batalla de Creci, Maria de España, su madre, sintió en extremo la resolucion del príncipe su hijo, porque era el mayor de la familia. Escribió al Papa (2), y le hizo presentes, como á Padre comun de los cristianos, las desgracias á que por el retiro del conde quedaban espuestos sus Estados y sus vasallos, atendidas las inquietudes que habia á la sazón en aquel país. Inocencio hizo exami-

(1) Vit. PP. tom. 1, p. 342; Vading. ann. 1358, n. 1 et 2.

(2) Bzov. ann. 1359, n. 12.

nar la vocacion del jóven príncipe, para separarle de ella si era una ligereza propia de su corta edad, ó para aprobársela y corroborársela si era sólida. Sin duda fué aprobada, puesto que perseveró en ella. Con el trascurso del tiempo se le elevó á la Silla arzobispal de Lyon, donde contra las pretensiones de los príncipes de su misma sangre sostuvo los derechos de su iglesia con una firmeza digna de su augustó origen.

El Papa Inocencio, cuyas miras de órden, de economía y de desinterés han sido apreciadas por todos los historiadores, se hallaba en la mas crítica situacion en punto á recursos pecuniarios. Era á la sazón casi el único soberano que sostenia á los cristianos de Oriente; desde 1355 habia enviado gruesas sumas y buques cargados de grano para socorrer á Smirna; las desavenencias entre venecianos y genoveses habian neutralizado los efectos de su intervencion cerca del rey de Chipre y de Sicilia; la guerra que se hacian los soberanos de Francia y de Inglaterra no permitia esperar nada de ellos; en España tampoco podia dirigirse á Pedro el Cruel; y sin embargo el tratado ajustado con Juan Paleólogo (1356), en la fundada esperanza de la reunion de los griegos, no podia ejecutarse sino con dinero y socorros en especie suministrados por el Pontífice. Empero los dominios de la Iglesia, usurpados ó devastados por todas partes, lejos de poder bastar á tantas necesidades, apenas podian subvenir al sostenimiento del Papa y á las cargas y decoro de su dignidad. En tales circunstancias creyó Inocencio deber recurrir á la imposicion de algunas décimas, cuyo uso ni era desconocido ni sospechoso, y pensando que á nadie podia dirigirse mejor que al emperador que tan brillantes promesas habia hecho á la Santa Sede y cuyos Estados gozaban tambien de la mayor tranquilidad, se decidió á exigir la décima ó diezmo de todas

las rentas eclesiásticas de Alemania (1). Luego que se divulgó la noticia de esta determinacion se reunió precipitadamente el clero de las metrópolis de la primitiva Germania, Maguncia, Tréveris y Colonia, con algunos abades, y resolvió de comun acuerdo no pagar nada. Al momento escribieron á las demas provincias de la nacion, y atrajeron á su modo de pensar á todos los prelados, á todos los eclesiásticos y á todos los monjes. Por su parte el emperador Cárlos se apresuró á convocar en Maguncia á todos los príncipes del imperio, con los hombres tenidos por mas doctos (1359).

Conrado de Alzeya, canceller del conde palatino, en cuyo lenguaje parece notarse el violento espíritu de los sectarios, fué el encargado de hablar por el clero y dijo en substancia: «detengamos en su principio el nuevo mal de que estamos amenazados, y sacudamos á lo menos esta parte del yugo pesado y vergonzoso que se nos impone. Demasiado tiempo há que los romanos miran á la Alemania como una mina de oro, y no cesan de inventar todo género de manipulaciones para agotarla. ¿Y qué nos dan en cambio sino papel y palabras? La corte de Roma es un abismo donde van á sumergirse todas nuestras riquezas. Arroyos de oro y plata corren sin cesar desde Alemania hasta aquella ciudad, no sé si diga para la impetracion ó para la compra de los beneficios, para la confirmacion de los prelados, para seguir los pleitos, para las apelaciones multiplicadas hasta lo infinito, para las dispensas, para las absoluciones, para las indulgencias, para los privilegios; en una palabra, para las innumerables servidumbres, condecoradas con el especioso título de gracias. En la antigüedad confirmaban los metropolitanos la eleccion de los obispos sufragáneos; pero en nuestro tiempo los ha des-

(1) Vit. Inn. p. 350; Chron. Hirs. pag. 234.

pojado violentamente de este derecho el Papa Juan XXII. ¿No tienen bastante sus sucesores con la colacion de todos los beneficios? ¿Permitiremos que arrebatan además los frutos de ellos á los que cumplen todas sus cargas?

Este furibundo exordio comunicó casi la misma violencia al emperador y á los grandes. El dia siguiente llamaron á Felipe de Cabassole, obispo de Cavailon, encargado de esta legacia espinosa, y le dijeron con sequedad que jamás se sujetaría el clero á una contribucion tan extraordinaria, añadiendo que el emperador estaba muy indignado al ver que el Papa se dirigia para esto á los alemanes mas bien que á ninguna otra nacion. Este príncipe tomó la palabra y dijo con calor, dirigiéndose al legado: «Señor obispo, ¿cuál es la causa de que el Papa pida tanto dinero á los eclesiásticos y no piense en reformarlos? Ya veis cómo viven, ya veis su orgullo, su lujo y su fausto insolente.»

Al hablar de esta manera tenia los ojos clavados en Conrado de Falquestein, canónigo de Maguncia, el cual habia sido coadjutor del arzobispo Enrique Busman, durante el cisma de aquella iglesia. Despues se acercó al canónigo, le quitó una caperuza magnífica que tenia en la cabeza y estaba adornada de oro y piedras preciosas, le dió la suya que era de un paño sencillo, y poniéndose la de Conrado, «¿qué os parece? (dijo á los asistentes). ¿Con esta caperuza no me parezco mas á un caballero que á un eclesiástico?» Tomando en seguida la suya, y revistiéndose de severidad, dijo al arzobispo Gerlac: «Os mandamos, por la fidelidad que nos debeis, que reformeis vuestro clero segun los cánones. Si hubiese algunos rebeldes y refractarios, aplicareis al fisco los frutos de sus beneficios, y en caso de necesidad, los castigareis con la prision.» Dió Carlos la misma orden

á los demás obispos, y concluida la Dieta escribió á los prelados, amenazándoles que castigaria su negligencia secuestrando las rentas eclesiásticas y poniéndolas en poder de los príncipes seculares.

Estas ideas de secuestro se presentaron al Papa como un trastorno de la dignidad de la Iglesia y de las libertades eclesiásticas. Escribió, pues, al emperador diciéndole que alababa su celo; pero que al mismo tiempo temia que los efectos no correspondiesen á la rectitud de sus intenciones: que en vez de las amenazas y gestiones de los seglares contra el orden clerical, era necesario escitar á los prelados que se juzgasen mas á propósito á que cumpliesen con su obligacion para con el clero, y que lo harian con buen éxito, si tuviesen el auxilio de la potestad que debe apoyar sus derechos y no ejercerlos (1). No perdió el Papa un instante en despertar el celo de los principales prelados, y escribió en estos términos á los arzobispos de Maguncia, Tréveris, Colonia, Bremen y Salzburgo: «Hemos sabido poco há, que en vuestras provincias algunos eclesiásticos y aun obispos se olvidan de la santa preeminencia de su estado por acomodarse á las costumbres del siglo: que toman parte en las justas, en los torneos y en los demas ejercicios militares: que muestran en su tren, en el vestido y hasta en el calzado un fausto que les está prohibido, y disipan así el patrimonio de la Iglesia y de los pobres con grave escándalo de todo el mundo. Por tanto, os suplicamos encarecidamente, y os mandamos al mismo tiempo, que reprimais estos abusos en todos los eclesiásticos, de cualquier clase y dignidad que sean, y los obligueis á vivir con la gravedad y modestia propia de su estado. Encargad á vuestros sufragáneos que cuiden tambien de la conducta de los

(1) Rain. ann. 1559, num. 11.

clérigos que les están sujetos.» Estos desórdenes del clero de Alemania eran una consecuencia del cisma de Luis de Baviera y de sus largas desavenencias con los Papas.

En cuanto á la demanda pecuniaria de Inocencio VI, sufrió la negativa este prudente Pontífice sin inquietarse, por no causar una nueva division en la Iglesia. Sin embargo, á trueque de no llevar un desaire tan completo, envió nuncios á la mayor parte de las provincias germánicas con orden de recojer, á beneficio de la cámara pontificia, la mitad de la renta de las piezas eclesiásticas que se hallasen vacantes á la sazón y que vacasen en el espacio de dos años. Parese que el emperador no se dió por ofendido de esta providencia, satisfecho tal vez con haber sacudido la carga mucho mas pesada que habria sufrido el clero del imperio; y aun publicó una constitucion para que se conservasen los derechos y las inmunidades ordinarias de la Iglesia (1).

En estas circunstancias se vió espuesto el Papa Inocencio á los insultos y á la insolente ferocidad de las tropas de bandidos que se llamaban compañías blancas ó simplemente compañeros, las cuales infestaron al principio las provincias meridionales de Francia (2). Estas cuadrillas habian empezado despues de la desgraciada batalla de Poitiers (1556), á la cual obligó al príncipe de Gales el rey Juan, á pesar de las eficaces diligencias de los legados enviados por el Papa para negociar la paz entre Francia é Inglaterra. Quedó prisionero el rey y fué llevado al otro lado del mar, con cuyo motivo se vió todo el reino agitado del espíritu de rebelion y de discordia, y atropellado insolentemente el derecho de magestad y todas las obligaciones de la subordinacion y generalmente todas las leyes.

(1) Gold. Const. tom. 1, p. 92.

(2) M. Vill. lib. 7, c. 87; Frois. vol. 1 cap. 172.

Una porcion de militares que habian quedado sin ocupacion y sin sueldo, se reunieron bajo las órdenes de un hidalgo llamado Arnaldo de Servole, y vulgarmente el arcipreste. Estas compañías aumentadas con todos los malhechores que vagaban por el reino, se encaminaron desde luego á la Provenza, donde se apoderaron de ciudades considerables y de muchas plazas fuertes, y com tieron todos los desórdenes que se podian esperar de unos hombres sin leyes, sin costumbres y sin mas recurso que lo que robasen. Mataban, violaban, incendiaban; y aquel adquiria mas fama entre ellos, que ejecutaba las acciones mas atroces é infames, y lo que tenian por honor hubiera horrorizado aun á los infieles mas depravados.

Habiendo uno de sus gefes, que se hacia llamar *el amigo de Dios y enemigo de todo el mundo*, tomado y saqueado la ciudad de Pont-Saint-Esprit (1560), se llenó de terror y consternacion la corte pontificia. Se publicó una cruzada contra estos cristianos que solo conservaban este nombre para profanarle, y se prometió la absolucion de culpa y pena á los que espusiesen su vida para acabar con aquellos enemigos públicos. Se alistó un gran número de cruzados á las órdenes del cardenal Pedro Bertran, gefe de esta expedicion; pero como no les daban mas que indulgencias, se desbandaron muy pronto para buscar con qué mantenerse, y aun hubo muchos que se pasaron á los *compañeros*, los cuales se aumentaron así con las mismas tropas que se habian reunido contra ellos. Seis mil hombres de tropa reglada, en cuyo número habia cuatro mil italianos, no fueron capaces de tranquilizar á los habitantes de Aviñon, siendo tan grande la consternacion general, que no habia quien trabajase en ningun oficio. El Papa imploró el auxilio del emperador, del duque de Borgoña, del conde de Saboya y de las ciuda-

des y gobernadores franceses mas inmediatos. Pero pareciéndole insuficientes todos estos medios, procuró tratar con el capitán de aquellas terribles compañías, y dispuso le rogasen que pasase á Aviñon, donde entró bien acompañado y se le trató con consideración. «Se le recibió, dice un autor contemporáneo (1), como si hubiera sido hijo del rey de Francia: comió muchas veces con el Papa y con los cardenales: obtuvo una absolucion general, y lo que verosimilmente le hizo mas fuerza, sacó unos cuarenta mil escudos.» Se retiró del territorio eclesiástico sin abandonar la Provenza; y la suerte de la ciudad de Aix, de la cual se apoderó el arcipreste el año siguiente, renovó los sobresaltos del Papa.

Para colmo de desventura, la peste que habia hecho ya terribles estragos en Aviñon, volvió á renacer con tal violencia, que desde el día de Pascua, 28 de marzo, hasta el de Santiago, 25 de julio, murieron unas diez y siete mil personas, y entre ellas cien obispos y nueve cardenales incluso Pedro Bertran, obispo de Ostia y gefe de la cruzada contra los *compañeros*. Para reparar esta pérdida hizo el Papa una promocion de ocho cardenales, todos franceses sin escepcion alguna. Pocos años antes habia creado seis cardenales, á saber, cuatro franceses, un italiano y un catalán.

El año siguiente 1362, Inocencio VI, consumido de vejez, de cuidados y de enfermedades, murió el día 12 de setiembre despues de nueve años y cerca de siete meses de pontificado. Su cadáver fué depositado en la catedral de Aviñon, y desde allí fué trasladado á la cartuja de Villanueva, que habia fundado él mismo. Fué Pontífice de una vida ejemplar, siempre justo, algunas veces severo y aun inflexible cuando lo exigia el peligro del escándalo, tan caritativo

(1) Frois. lib. 1, cap. 177.

que se le hace la acusacion gloriosa de que era estremado en esta parte, celoso por los intereses de la Iglesia, amante de las ciencias y de los sábios; en una palabra, libre de todo defecto, si no hubiera mostrado algun tanto demasiada impaciencia por promover sus parientes á las dignidades eclesiásticas, bien que la mayor parte de ellos probaron con su conducta que las merecian y cumplieron exactamente todas sus obligaciones. Mas loable en esto y en otras muchas cosas que su predecesor, solo puede ser eclipsado por el vivo y puro brillo de todas las virtudes que acertó á reunir el que le sucedió en la Silla apostólica.

Este digno Pontífice, que tomó el nombre de Urbano V para estimularse á imitar á los Papas de este nombre, célebres todos ellos por la santidad de su vida, no fué elegido de entre los individuos del Sacro Colegio, aunque no faltaban en él sugetos idóneos para ocupar la Santa Sede (1). Juntos los cardenales en el cónclave en número de veinte despues del funeral del difunto Papa y del luto de la corte romana, esto es, al cabo de diez dias, tuvo diez y nueve votos uno de ellos, que la historia no nombra, como para condescender con los deseos de aquel humilde prelado, que solamente amaba la santa oscuridad, y que opuso una resistencia invencible á su elevacion. Despues de él hubo varios cardenales que tuvieron sucesivamente muchos votos, pero no los suficientes para una eleccion canónica. Por último, se fijaron los electores en el abad de San Victor de Marsella, Guillermo de Grimoard, hijo de un caballero de Gavaudan, y á la sazón nuncio apostólico en Sicilia. Al principio se tuvo secreta su eleccion temiendo rehusase el pontificado ó que los italianos no le dejasen salir de Italia si sabian haber sido elegido Papa. Llamósele

(1) Vit. Pap. p. 399 et seq.

pues con pretesto de que habia que comunicarle un asunto de importancia, y cuando se supo que habia llegado ya á Marsella se proclamó la eleccion el 28 de octubre. Consintió Guillermo sin dificultad por la esperanza que tenia de restituir muy en breve á Roma la Santa Sede; lo cual deseaba con tan vivas ansias, que á la primera noticia que hallándose en Florencia tuvo de la muerte de su predecesor, cuando ni aun siquiera pensaba en que podria llegar á sucederle, dijo que si el Papa futuro volviese á su residencia natural, moriria él gustoso al día siguiente.

Entró secretamente en Aviñon á los dos dias de habersele notificado su eleccion; y al día siguiente, 31 de octubre, fué reconocido y entronizado. El día 6 del mes inmediato, que era domingo, fué consagrado y coronado por el cardenal de Maguelona, obispo de Ostia. Aunque todo estaba preparado para la cabalgata acostumbrada no quiso hacerla, tanto por un efecto de su aversion al fausto, cuanto porque miraba la dignidad pontificia como desterrada en un pais cismontano. La iglesia de Aviñon no habia tenido obispo en tiempo de los dos últimos Papas, los cuales se la habian reservado para aprovecharse de sus rentas, y la gobernaban por medio de vicarios generales. Pero el Papa Urbano la restituyó á su estado antiguo, nombrando para aquella Silla á su hermano Anglico, virtuoso canónigo reglar de la congregacion de San Rufo.

Entretanto el rey Juan que se hallaba libre de su prision de Inglaterra hacia ya dos años, salió de Paris para ir á ver al nuevo Papa, y visitar de paso el ducado de Borgoña, que habia recaído en él poco antes por muerte de Felipe de Rouvre, en quien acabó la primera rama de los duques de Borgoña procedentes del rey Roberto. Despues de complimentar al Vicario de Jesu-

B. del C., tomo XIX.—V.—HISTORIA ECLESIASTICA.—TOMO IV

cristo, supo que el rey de Chipre, Pedro de Lusignan, estaba para llegar á Aviñon, y se detuvo allí á fin de avistarse con un príncipe tan célebre por sus hazañas contra los sarracenos, y últimamente por la toma de la ciudad de Atalia en Panfilia. Pedro de Lusignan llegó el miércoles 29 de marzo del año 1363, y el viernes santo ofició el Papa en su capilla, donde pronunció un discurso de mucha edificacion en presencia de los dos reyes. Declarando entonces el de Francia la resolucion que habia formado poco tiempo antes, pero en secreto, pidió al Papa la cruz para pasar al otro lado del mar, y el Pontífice se la concedió con mucho gusto. No podia haber cosa que mas lisongease al rey de Chipre, el cual habia hecho aquel viage con el único objeto de escitar el valor de los occidentales contra los infieles de Levante. El cardenal de Perigord y un gran número de caballeros siguieron el ejemplo del rey Juan. El Papa predicó la cruzada, tomó las providencias convenientes para que marchasen todos á un mismo tiempo y nombró gefe de la expedicion al rey Juan, y legado al cardenal de Perigord. Pero todos estos movimientos no produjeron otro efecto que aumentar las calamidades de los cristianos de Egipto y de Siria; porque los musulmanes, noticiosos de estos preparativos, prendieron á muchos de ellos y los atormentaron cruelmente.

La cruzada esperimentó desde luego un grande obstáculo por parte de Bernabó ó Bernabé Visconti, tirano del Milanésado. Este caballero jóven, ambicioso, naturalmente colérico, y además de esto, muy irritado con los procedimientos y censuras eclesiásticas, se gloriaba de quebrantar todas las leyes de la Religion y de la decencia, y tenia en guerra viva á la Italia entera. No conocia mas ley que su voluntad, ni se avergonzaba de decir que era señor, empe-